

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

3



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1962

SOBRE PREGUNTAR Y SABER

(Para una Introducción existencial a la Epistemología)

PEDRO CABA
Madrid

LOS PRESUPUESTOS DE LA FILOSOFÍA PRESENCIAL

PRESENCIAR, PENSAR Y SER. El hombre es el único animal que presencia en el universo. Y presenciarse, como luego veremos, es mucho más que ver y más que mirar. Y es también más que pensar, pues si el pensamiento humano es un alto modo de mirar, hay en el hombre miradas más altas y hondas y ricas que las del pensamiento. *Presenciamos* a Dios hasta cuando no *pensamos* en El. *Presenciamos* la Historia hasta cuando no *pensamos* en la Historia. La presencia indica una *pre-presencia*, algo que es anterior al pensar y a las esencias. Y ese algo es la astillita de lumbre, de espíritu, de presencia, desgajados de la Presencia Divina. Presenciarse es tener presencia procedente de Dios y tener a Dios presente. Sin esa presencia no habría pensamiento. Tampoco habría en el hombre pensamiento sin cosas en qué pensar. Pensarlas es poner en la conciencia el esquema o la imagen de ellas. Y sólo se logra la imagen o el esquema con la luz presencial. La autoconciencia del hombre no es conciencia exclusiva de sí (pero la auto-presencia no tiene más contenido que la presencia misma, y no necesita reflejarse o recaer sobre objetos), sino de cosas puestas, por representación, en la conciencia. Pero la *re-representación* supone la *representación* previa de esas cosas, y la tal "representación" supone previamente la presencia. La autoconciencia contiene no cosas, sino representaciones, y sobre ellas cae reflexivamente para hacerlas pensamiento. Pero originariamente pensar es un *pendere*, un sentirse ir hacia abajo, perdido, *sus-pendido*, asomado a un abismo... Y *pende* y se *suspende* el hombre, se siente *suspense*, porque se siente *sor-prendido*, prendido por arriba, por los cabos y las raíces luminosas de la Presencia Divina, de la

Pre-Esencia universal. Hay pensar en el hombre porque el hombre se siente *sus-pendido* y *sor-prendido*, traspasado por una Luz que la hace dar sombra, producir *a-sombro* (*ad-umbra*). Del asombro primero —como ya dijo Platón— nació el pensar. Pero el asombro a su vez, vino de la sombra que produjo sentirse encarnando espíritu presencial (lo más evidente y positivo del espíritu es su presencia), obstaculizando la radiación de lo divino, proyectando sombra en el mundo por el terrón del propio cuerpo. Además, el pensar, al menos, en una de sus formas, la abstractiva, es un quitar; y presenciar siempre es poner, fundar y cuasi-crear. Presenciar es mucho más que pensar.

Presenciar es poner a las cosas y los entes todos en la pre-presencia del hombre, algo luminoso y radiactivo del orden de lo divino. En y por la presencia, son las cosas y los entes presentados; en las cosas no hay presencia sino presentación que es como una presencia influida y delegada por el hombre. Solo las personas son presencia y capaces de presenciar. La presencia como radiación metafísica, es activísima, acción pura (nada de movimiento). La presentación de las cosas es algo re-activo, pasivo y reflejo de la acción presencial. Si no hubiera seres presenciales, hombres que presencian, no habría seres reales, los cuales, para serlo, precisan ser presentados o estar (no ser) presentes. Las cosas son reales porque las *realiza* el hombre haciéndolas presentarse a él.

SER ÓNTICO Y SER ONTOLÓGICO. Pero claro que los entes presentados ponen algo suyo, su entidad u onticidad; ponen un ser óntico, su talidad y su calidad, su "qué" o "quiddidad", que se decía antaño. Pero ese ser *óntico* necesita la presentación, la acción de la presencia del hombre, para quedar constituido, *respectivamente* a él, en ser *ontológico*, en "ser-qué". A su entidad u onticidad o *ser óntico*, le pone el hombre su presencia para convertirlo en *ser ontológico* o "ser-qué", en cosa real, respectiva al hombre. El hombre es el gran "a priori" del mundo, pero no un "a priori" intelectual, como categoría pensamental, sino como "a priori" presencial. Al "qué" de lo que hay le pone el "pre" de su presencia y el ente queda constituido en "ser que" respectivo convirtiéndolo así en el realísimo y concreto ser de cada cosa.

RELATIVIDAD Y RESPECTIVIDAD. No es, pues, inventado arbitrariamente, el "ser-qué" de cada una, ni su coseidad general, sino que la presencia humana instituye con el "qué" de cada una y la coseidad o con-sistencia universal de todas ellas, el "ser-qué" que les conviene. Pero lo que son en realidad, en la realidad que les da el hombre, lo son por referencia y respectividad al hombre que las presenta y ontologiza. Y no es que las cosas sean *relativas* al hombre, sino, entiéndase bien, *respectivas* a él. Ellas, entre sí, son *relativas*, *co-relativas* y su esencia es relación pues su ser cósmico es genérico, es *co-ser*,

con-sistir. La respectividad es la gran categoría presencial del hombre. Vista o pensada desde él, la respectividad es iluminación e ímpetu creador o fundador; desde las cosas, la respectividad es disposición a dejarse iluminar, a ser presentadas y ontologizadas. La gran categoría de las cosas es su coseidad o co-sidad, y por tanto la relación o correlación. La silla es correlativa al espacio, a la madera, al mueble, a la habitación, a la luz, a la atmósfera, etc., etc. Esa co-relación es la que les afianza en su *co-seidad* o *co-eseidad*, dándoles la *con-sistencia*. Pero la respectividad va de la cosa al hombre y no tiene vuelta; no vuelve al hombre a la cosa. El hombre no es *respectivo* a la cosa, sino respectivo a Dios, y también sin vuelta, pues Dios no es *respectivo* al hombre. La cosa es respectiva al hombre que la hizo, al que la considera, al que la usa. Se distingue lo "relativo" de lo "respectivo" en que aquél es recíproco, bilateral y, éste unilateral. El hombre presencia cosas, pero las cosas no presencian al hombre. Lo respectivo es disposición o aptitud, pero central, cardinal en el ser de la cosa; lo relativo es conectivo, externo y cortical. Las cosas son conectivas, al ser co-relativas, sin confundir sus "qués" individuales y específicos; pero con *respecto* al hombre (y el hombre, con su presencia, es el que da el "respecto") son "respectivas". El hombre es respectivo porque es radical, centralmente, sustantiva, constitutivamente, referido, aludido, a Dios; pero no es relativo a El. Y así el hombre es semejante a Dios pero Dios no es semejante al hombre, distinción que no se ha tenido en cuenta y ha dado lugar a no pocos errores. La semejanza-matemática, por ejemplo— es relacional o relativa, pero no respectiva. La semejanza del hombre a Dios es respectiva y no relativa ni correlativa.

UBICUIDAD DE LA PRESENCIA HUMANA. La presencia en el hombre indica lo que el hombre tiene de divino. Su presencia de espíritu expresa lo que el hombre tiene de ser de privilegio, pues aunque Dios presencia sin el hombre, también presencia desde la presencia humana. Por eso el existir del hombre no es un existir cualquiera, un cualquier "estar ahí" fuera de la nada, como el animal, la flor o la piedra, sino un estar fuera del ser de las cosas, del espacio y del tiempo, para participar en la eternidad y en la ubicuidad, pues el hombre presencia sin sitio y fuera del sí individual y llega a presenciar desde otros hombres sin ocupación de sitio o lugar. Su existir, por ser de orden presencial, participa del orden del espíritu. La copresencia es el certificado de ese privilegio. Como puedo mirar con los lentes o los anteojos o el telescopio que otro ha hecho y me presta, así puedo ver también el mundo y su historia con ideas y teorías que otros han construido y presenciar las cosas, las personas del mundo desde otra existencia personal que no es la mía; por ejemplo desde la persona a quien amo. La presencia humana pertenece al mundo del misterio y no al del problema. No es problema sino

misterio que el hombre esté en el mundo, que haya cosas y personas y no más bien nada, y que el hombre se dedique a conocer y conquiste su propio ser entre cosas, sin tener el ser de ellas.

LAS COSAS Y LA HISTORIA. Ya he dicho que las cosas son presentadas a y por el hombre, y que ello constituye su respectividad a él. Añade ahora que están destinadas, pre-dispuestas a ser, a alcanzar el ser ontológico, porque a ello les dispone el "pre" del hombre presencial. Ellas se ofrecen a ser, se disponen a ser ganadas por un misterioso impulso ascensional ontológico. Parece que sueñan la existencia del hombre, ingresar en esa existencia, para ser ellas más de lo que son al ser presentadas en su "ser-qué" al hombre. Las cosas parecen aspirar a sobrepasar su "ser-qué". Son destinadas, pre-destinadas a ser presentadas al hombre y re-presentadas por él, para incorporarse a su existencia humana —que es mucho más que su existir de cosas— y participar en su historia. Parece haber en las cosas una última inclinación donativa para dejarse ganar por el espíritu que resplandece en el hombre. Las cosas por sí mismas no tienen historia ni son capaces de hacerla. La llamada "historia natural" como la historia de lo artificial, de la técnica, de la ciencia, etc., es siempre de algún modo historia humana, historia que el hombre presta a las cosas, como presta su voz a los rincones y las montañas, y presta su imagen a las aguas de los ríos, y su presencia misma al cuadro, al escrito o a la estatua por medio de la obra de arte.

DATIVIDAD DE LAS COSAS. El hombre presenta a las cosas haciéndolas ser, ontologizándolas, prendiéndolas, *com-prendiéndolas*, en el "siendo" y en el "sucedendo" humanos. Cada cosa se ofrece como *dato*, como algo *dado*, donativamente; y más que *darse se ofrece* a darse. Al *dato* de cada cosa (toda cosa es *dativa*, complemento indirecto del hombre) el hombre le añade la *data* de su temporalidad. Y la cosa, con el *dato* y con la *data* queda *hecha* ser, constituida en *fecha* o *hecha* y en su propia *ficha*. Y se *acusa* en complemento directo del existir humano. El hombre para existir necesita cosas. Y así las cosas, al convertir su onticidad, su "ser óntico" en "ser-qué" o "ser ontológico" quedan prendidas, comprendidas en el "siendo" y el "sucedendo" humanos. Al contacto del hombre, las cosas se humanizan. Por de pronto, al tocarse del "siendo" humano, las cosas gerundizan su ser, cambian su ser parmenídico por otro heraclitano. Cada cosa en mi existencia va siendo para mí, a medida que yo voy siendo, según las situaciones en que la voy situando o colocando. Las cosas por sí solas no alcanzan situación ninguna; sólo tienen las situaciones que les va dando el hombre. Este libro que está junto a mí es delicia intelectual, asiento, escalera o arma para arrojarlo a alguien, según las situaciones que voy construyendo o en que me voy encon-

trando. Y así las cosas, en situaciones de hombre se humanizan e historifican, y sobrepasando su "ser-qué", llegan incluso a ser personificadas, como ocurre en el arte, en que una nube, un árbol, un río, la arruga de una piedra, una silla en escena, un guante caído en primer plano de cine, parecen alcanzar la personificación y lograr impregnarse de espíritu y de historial. Pero fuera de la personificación y de la historia, las cosas al quedar vestidas de ser-qué, tienen un ser acabado, parmenídico, compacto y con-sistente, según su talidad y su calidad, según su onticidad y según su especie y sexo.

DEUDA METAFÍSICA Y PERFECTIBILIDAD. Pero el hombre no es un ser acabado sino que tiene que hacérselo. Y no un ser cualquiera dentro de una especie, de modo que sea un ser permutable por otro, sino un ser personalísimo, irrepetible, incanjeable que, además, no alcanza nunca a ser del todo. Es el suyo un ser gerundivo, un "siendo" que, paradójicamente, tiene que ir a la vez siendo y des-siendo para intentar alcanzar el que debe ser. Y ese ser que debe ser y nunca llega completamente a ser, nos indica que es constitutivamente deuda metafísica originaria, un déficit de ser y una insaciable aspiración a terminar de ser. Es lo que se ha llamado, en la filosofía tradicional, la "perfectibilidad", el hambre de perfección en el hombre. Esa deuda metafísica es permanente en el hombre a lo largo de su existir; vive y muere en deuda de ser a la vista de la eternidad, la "tierra prometida". Su conciencia de deuda y su hambre de perfección, de "perhacerse", dan al hombre su eticidad cardinal. Cuanto el hombre hace, sea bueno o malo, es ético, es moral con moral constitutiva, todavía sin signo exterior positivo o negativo. Las cosas no tienen esa deuda metafísica porque tienen su ser acabado; cuanto deben ser, lo son, ni más ni menos. Pero tienen un reflejo de la perfectibilidad del hombre en su respectividad dativa a él. Tratan oscuramente de subir a otro ser, el del hombre, y llegan, al ser incorporadas a su historia y sus situaciones, a dejar su ser acabado por seguir al hombre en su "siendo" inacabable. Para eso se le ofrecen. El ser de las cosas les viene dictado por su onticidad, por su especie y por la presentación a que le obliga la presencia del hombre. Sin el hombre, se limitan las cosas a perseverar en su ser, a dejarse ser lo que son. Y en los fondos naturales el elefante no es más elefante hoy que antes, ni el insecto más ni menos insecto. Pero dentro de las situaciones del hombre van dejando las cosas ser lo que eran para tomarse, catarse de sus esencias personales. El valor afectivo que concedemos a la cosa mueble o familiar o al objeto de nuestra intimidad, es un claro indicio de que las personificamos incorporándolas a nuestra historia personal, satisfaciendo así una oscura y secretísima aspiración de ellos.

EVIDENCIA Y REVELACIÓN. Pero volvamos a recoger un cabo que quedó suelto,

pidiendo ser hilo y hacerse hilván: Por la presencia, el hombre *desciende* de Dios y a Dios es respectivo, con semejanza de respectividad: El *ser*, el que *debe ser* para El, en fin de cuentas, lo *debe*. La deuda metafísica es deuda a Dios. Y como a El se debe y de El *desciende* y a El se asemeja, le siente en sí y no le conoce. Por eso le busca. Le busca por todas partes y no le ve. Y no puede verle mirándole directamente porque al hombre, Dios le *deslumbra* y ciega. Y como lo busca y siente la necesidad de verle, puesto que la presencia en el hombre es participación de la Presencia de Dios, el hombre buscándole, se mira a sí mismo y se siente asombrado, inundado por la propia sombra que él mismo proyecta como obstáculo a la luz presencial de lo Divino. A Dios no se le puede ver ni mirar pero se le experimenta, se le entrevé o se le ve de reojo. Para darse cuenta el hombre de la Presencia de Dios tiene que entrever mirando más allá de las cosas, tras la opacidad de ellas, o ladear la mirada más allá de la propia sombra de sí, logrando así su *e-videncia* o *ex-videncia*. A Dios no le vemos sino entre sombras, en las sombras de las cosas y en las que el propio hombre proyecta en torno de sí. Desde su propia sombra, como el sol en cabina de nubes, lanza su luz presencial sobre las cosas. Y reflejándola en las cosas del Universo, el hombre de soslayo y entre sombras a Dios. Y así como la luz no se deja ver en el vacío, en su máxima pureza, sino cuando rebota y se refleja en cosas materiales, así vemos, entrevemos, a Dios indirecto, reflejado como un resplandor inasible que se difracta en las cosas y en los hombres sobre todo en los hombres, eso Dios es Revelación. Se revela en las cosas y sobre todo en los hombres, en la presencia de los hombres en el mundo. Pero es *re-velación*, porque es manifestación, teofanía, pero también ocultación y encubrimiento, pues *re-velar*, es volver a velar, después de manifestarse o mostrarse; es un manifestarse escondiéndose y un ocultarse manifestándose. En la presencia del hombre, Dios se oculta y se muestra. Y experimentándole y buscándole, el hombre se asombra y se encuentra. Y en su asombro fundamental, el hombre se siente *sor-prendido*, prendido por arriba en raíces de luz, y de ellas, *suspen-dido* o *suspenso*, pendiendo o *de-pendiendo* de sus cabos metafísicos que están en lo alto de su ser originario. Y hacia lo alto, siente ir su gravitación primaria y fundamental. La religación del hombre a Dios, su vinculación primera, es sorpresiva y sus-pensiva; Dios le sorprende y le suspende. Y entre sorprendido y suspendido, estremeciéndose con el temblor primero, se siente gravitar inversamente desde el abismo que le amenaza a la altura que le atrae y sorbe asuncionalmente. Y pendiendo y dependiendo, oscila el hombre entre su ser natural y su espiritualidad, hasta encontrarse a sí mismo saliendo del contacto angular entre Naturaleza y Espíritu, en la propia diagonal de fuerzas metafísicas, instituido en ingeniero de su propio camino de

libertad. Y toma conciencia de sí porque *se encuentra* y *en-contrar-se* es hallar la propia *contra*, experimentarse en dualidad contradictoria, hallar, a la vez, su "sí" y su "contra sí". Es el encuentro del espíritu y la Naturaleza. En esa dualidad se *revela* el hombre, y en esa revelación, da lo que hay en él de Espíritu, de divino; lo que hay en el hombre de Dios, pues ya dijimos que *revelarse* no es abrirse sino entreabrirse. En el hombre se entreabre Dios, y por tanto también en él se oculta.

REVELACIÓN Y EXPRESIÓN. Toda la expresión del hombre es entreabierta y dual... El hombre hace esquina y le vemos por su arista; su expresión es la bisectriz que se prolonga por su convexidad, pero que es doble de signo. El hombre en su expresión se oculta y se expresa, a la vez. Ni puede decir todo lo que quisiera expresar, sino que ha de callar u ocultar algo, ni puede callar, fingir u ocultar todo lo que es y se halla en su intencionalidad expresiva. En fin de cuentas, el mendaz se muestra mentiroso, y el hipócrita se da a conocer como hipócrita. El hombre muestra siempre, a la par que su rostro y su luz intelectual, su espalda y sus sombras, y en los silencios puede ser tan elocuente como en las palabras y los gestos. Y el hombre no solamente es "homo loquens", sino también "homo tacens", el único animal que puede callar y mentir.

ASOMBRO Y SABER. Y en silencio, y desde lo alto de su verticalidad, el hombre, siendo el único ser que *se expresa*, es también el único espectador del Universo, el único que mira y *contempla* seres y acontecimientos. Y *contemplar* es mirar recogida y silenciosamente desde lo alto, pues los etruscos llamaron "templum" al lugar religioso de *con-templación* en lo alto de la colina. La primera mirada del hombre fue de *contemplación*, de recogimiento religioso en el asombro original. Temblando asombrado, experimenta el hombre la expectación ante el Universo. Mira todo. Y mira buscando rastros y vestigios de Dios. Y para ello pacientemente va anotando y registrando y coleccionando los datos, fenómenos y relaciones que halla en su camino. El conjunto de todos esos datos, hechos y relaciones se llama visto desde el hombre, *saber*, y objetiva y transmisiblemente considerado, *ciencia*. El hombre ha hecho ciencia y acumula saberes, buscando a Dios. Por lo mismo ha hecho y hace Historia. Y buscando a Dios en la Ciencia y en la Historia, se encuentra otra vez a sí mismo, pero ahora se encuentra, no en su estado original, sino andariego y caminante con el polvo de todos los caminos, que es el polvo mineral de sus saberes. Proyectando sus saberes, el hombre hace y labra ciencia. Escarbando en el acervo común de la ciencia, como un traperero en el estiércol y las basuras, el hombre aprende —aprehende— saberes. Y encuentra el hombre que la Ciencia y sus saberes son algo puro

que le ennoblece y asciende, como le enriquece el oro que halla en las entrañas sucias de la mina.

MIRAR Y ADMIRAR. Todo esto se lo da el mirar. Estremecido de asombros, el hombre mira. "Mirar" viene de "mirari", admirarse, maravillarse. Ya Platón vio que el saber, el hambre de saber, empieza en el asombro, porque el hombre, al aparecer sobre la Tierra, se pone a mirarlo y remirarlo todo, buscando a Dios, sin que quizás le advierta, pero a la vez tomando señorialmente posesión de lo que halla. El primer mirar del hombre fue un *admirar*, un mirar con "ad", yéndose tras y hacia lo que miraba, lo que quería ver y no alcanzaba a ver. Pero se contenta con los datos y los hallazgos, y hace ciencia en que la admiración se hace más bien pregunta. El hombre es ante todo mirada expectante y eminente, no un ver pasivo (como el del animal, que hasta cuando busca y "mira" obra al dictado de instintos específicos o reflejos fisiológicos), sino la búsqueda de un mirar lo que aún no ve, o un ver más de lo que está realmente viendo. Por su mirada alta, eminente, es *epi-scopo*, obispo o supervisor. No es sólo el vicario o coadjutor de lo divino que cuida y *cura* de las cosas, sino también su obispo, el pastor de las cosas, como ha dicho con otro alcance Heidegger, el que las carea y conduce y supervigila. Toda mirada de hombre es cuidado y cura; también si es mirada alta y honda, es mirada de supervisor, de *epi-scopo*; de quien mira desde lo alto, el que contempla.¹

BÚSQUEDA Y PREGUNTA. Pero de la admiración nace el saber y la ciencia ("sapere", saborear, y "scire" tomar noción), porque de la admiración el hombre andariego pasa a la pregunta, que todavía está impregnada de los rocíos matinales del asombro originario. El hombre se echa a andar por entre las cosas del mundo jardineándolas, mirándolas y remirándolas y "mirándose en ellas", en un cuidado de señor, de pastor y de jardinero. Y en su búsqueda de cosas y horizontes y vestigios, la admiración originaria del hombre se hace interrogación, pregunta. Y a cada cosa pregunta: "¿tú, qué eres?, ¿para qué sirves, quién te sembró y quién te cuida?: lo cual no es sino eco de otra pregunta fundamental, más ganada de admiraciones primeras: ¿quién soy yo?, ¿a qué he venido y de dónde y a dónde voy?"

INTERROGACIÓN Y PREGUNTA FUNDAMENTAL. Pero esas primeras preguntas admiradas o admirativas se las hace el hombre a sí mismo, a la vista de las cosas, y de las necesidades que el hombre tiene de ellas. Por necesitado de Dios y de las cosas el hombre se siente precario, es decir suplicante y rogador. Y trasladando sus propios ruegos y preguntas a las cosas y a los demás hom-

¹ Más ampliamente, en mi libro próximo *El mirar del hombre*.

bres, la admiración se hace *inter-rogación*. El existir del hombre es *precario* porque no le ha sido regalado, y ha de recurrir a quien le puso en el mundo, ha de suplicar, en un pío universal con las cosas, para que el Alguien que lo fundó o creó, le siga sosteniendo en su existencia. *Precario* deriva de "prex", de donde "preces" y "precari", suplicar. La raíz sánscrita es "prac" de donde la voz sánscrita "prac-na-s", pregunta. También vienen de ahí "procare" y "precari", demandar o *pre-tender*, y "procus" pretendiente (y el hombre *pre-tende* o *pre-tiende* a Dios a través de las cosas) voz que ha dado origen a "pro-curare". De la misma raíz, en fin, es el latín "pre-cunctari", preguntar. El hombre es *precario* porque pregunta, y pregunta porque suplica o ruega, porque *inter-roga*. Por tener su vida a préstamo, vive en "precario", es decir, mendigando. Siendo deudor de primeras, aún pide más. La "plegaria" es quizás, "precaria". Y es que el "pre-cunctari" es un salir, un avanzar desde el estado sorpresivo del asombro y la admiración. "Cunctari" significa quedar perplejo, anclado y cuajado en dudas, de las que ha de arrancar, decidir ("decidere" es arrancar) para ir a las personas y a las cosas en un rogar (*inter-rogare*) o pedir a ella noticias de Dios. La primera pregunta es la que el hombre se hace a sí mismo en sus soledades metafísicas y en el amanecer de su existencia. Pero esta pregunta no es *inter-rogación*, sino un ruego estremecido, en trances de admiración y asombros originarios.

SABER Y PREGUNTAR. La pregunta es la primera forma del desdoblamiento de la admiración ante las cosas del mundo. El hombre es un animal nativamente preguntón; basta observar al niño en su despliegue... Pero el hombre no es que sepa por qué pregunta, sino que pregunta porque sabe; pero con "sapere", con sabor de Dios, no con "scire" y mucho menos con saber sistemático de "episteme". Todo hombre sabe antes de preguntar, y el que pregunta algo, algo sabe aquello por qué pregunta. El hombre pregunta porque sabe, y no es que sepa porque pregunta. Ya en Breslau en 1933 decía Heidegger: "El preguntar no es ya el escalón primero para subir a la respuesta que es el saber, sino que el preguntar mismo es la forma más alta del saber". El hombre pregunta porque él es respuesta, y necesita ampliar la conciencia de sus respuestas con nuevos saberes y nuevas preguntas, para responderse y responder ante Dios. Antes que pregunta el hombre es respuesta: estar sobrecoigido en el mundo le hace responder a una llamada a ser, al "deber ser" a que está llamado, por la vocación existencial. Si pregunta, es para dar sentido a su existir como respuesta, no a una pregunta, sino a una llamada. Pregunta para saber con qué responder ampliando su conciencia de respuesta existencial. El saber que no hace al hombre mejor, por más auténtico, es un mal saber que deja mal sabor o es un saber bruto, formalista, insípido y mineral, con mineralidad de conceptos inútiles... El formalismo

es el gran enemigo del saber existencial: es un juego bizantino y deportivo que sólo ansía el campeonato de sutilezas, pero de espaldas a la vida y a la realidad. De ahí su esterilidad de narcisismo.

PREGUNTA Y CAMINO. EL FORMALISMO Y EL PREJUICIO. Nunca las preguntas primeras y decisivas del hombre pueden ser desinteresadas. La pregunta nace de la admiración, del asombro y del cuidado, de la cura y el pastoreo sobre las cosas. No es solamente preguntar para aumentar el saber, y saber para poder y prever, sino preguntar y saber para existir con autenticidad, según el sino y el destino del hombre, y según la vocación existencial con que Dios nos llamó a cada uno. Cuando el hombre, del pasmo primitivo, se echa a andar, es porque se hace caminante y hace camino a fuerza de preguntas, llegando a tomar, en su verticalidad, la forma del signo de interrogación. Erigido sobre el haz en la admiración primera, el hombre caminante se va curvando en signo de interrogación sobre las cosas del camino y sus panoramas. Cansado de preguntar, envejece. En su soledad y su intemperie se hizo la pregunta fundamental ¿quién soy yo?, y se echó a andar, y las perplejidades primeras se hicieron dudas, al tener que volver la cabeza sobre sí en sus largas rutas de andadura. Cuanto más anda el hombre más pregunta porque las dudas y las contradicciones crecen en los cruces de caminos. Y ahora, sí, se orientan a un saber a qué atenerse, un sostenerse con seguridad en lo real. Su peregrinación de caminante se hace drama angustioso. Y preguntando y sabiendo y sin acabar de preguntar se muere el hombre. Un viejo mito griego dice que el primer hombre que quiso arrancar los secretos al mundo natural, pereció en un naufragio. La Esfinge de Tebas era un peligroso cruce de caminos con preguntas mortales para quien quería saber demasiado. El "árbol de la Ciencia" da el fruto doble del bien y del mal, pues el saber puede ser fruto de un preguntar vicioso o frívolo. Job alcanza la paz del justo renunciando a muchas preguntas. Esto quiere decir, no que el hombre no deba preguntar (pues él mismo está hecho del tejido y el signo de la pregunta, y es constitutivamente dialógico e interpelante; vive y sabe a fuerza de convivir y hablar con otros), sino que la pregunta sólo vivifica y enriquece, cuando se hace para ser más auténticamente quién se es. Lo que destruye y mata al saber del hombre es la pregunta ingrávida, formalista y necia, es decir sin saber porque nace de un calambre mental y da saberes insustanciales en nervioso picoteo de ideas mecánicas como agujas de máquina que pespuntean en el vacío existencial. Sólo es indebida la pregunta existencialmente innecesaria, para la cual no hay respuesta con sentido. . . La pregunta es buena si está ganada por el sentido existencial de quien la formula; si se relaciona de algún modo con la vocación primera, y si se apoya sobre algo de algún modo ya dado en la realidad. Por la intencionalidad y el

sentido de que se carga, la buena pregunta lleva ya en sí misma el principio de su propia respuesta. La respuesta viene prevista y prejuzgada en la gran pregunta. Todo auténtico saber está tramado de *prejuicios* y *apriorismos*. En la medida en que la respuesta no nos interesa existencialmente, la pregunta es gratuita y formalista. Ser indiferente a la respuesta es preguntar sin interés, para alcanzar un saber inútil.

PREGUNTA, BÚSQUEDA Y EVIDENCIA. El hombre de hoy anda desorientado en un bosque de inútiles saberes, a punto de perder el rumbo orientador y el sentido existencial. Cada gran pregunta lleva ya el principio de su *propia* respuesta; no de *una* respuesta cualquiera, sino de la *propia*. Y viceversa: toda respuesta bien dada presupone la pregunta que lleva invaginada y que le dio sentido. Y el sentido de la pregunta, por derivar de la vocación existencial, viene ya perfumado de la totalidad de lo que está sabiendo el que pregunta. La inautenticidad de la pregunta la hace inválida en su formulación e infecunda en sus respuestas posibles, porque el sentido existencial carga de posibilidades de respuesta a la pregunta. Y la pregunta fundamental, la gran pregunta auténtica para todo hombre de honduras es preguntarse por Dios, por ese Dios que experimenta, le ilumina y le suena dentro. Es una pregunta que viene cargada de *evidencias*, *entrevistas*, de barruntos inauditos. Buscamos a Dios porque nos es evidente. Preguntamos por las cosas del universo, porque están ahí mostrándonos evidentes, pero confusas de significados y sentidos. La ciencia pide *com-probar* lo que ya se ha *probado* por otra vía y aspira siempre a *de-mostrar* lo que ya se *muestra*. No basta la evidencia y el hombre busca. Razonar, pensar, investigar científicamente significan buscar segundas razones intelectuales a las evidencias primarias. El hombre busca verdades y seguridades, y teme siempre no tener bastantes, o haber errado su camino y sus preguntas. La primera misión del filósofo como del científico es dudar de las *evidencias* de lo real. Pero en cambio cuenta con *evidencias* de principios que no pone en cuestión. Hasta que llega el filósofo de raza y también pone en cuestión esos principios. Y entonces se encuentra con Dios. Sin Dios el hombre se cae y pierde de sentido. El hombre preguntando científicamente convierte los problemas y cuestiones en evidencias. Preguntando filosóficamente convierte las evidencias en Problemas y Cuestiones. Dios es evidencia sin problema; es misterio y comulgándole lo experimenta, lo *prueba*, sin comprobaciones; Dios se le *muestra* sin admitir *demonstración*. Las demostraciones que se han dado *prueban* y *comprueban* lo que el hombre ya *sabía*, no como saber intelectual sino como *sabor* metafísico. Hay una *sapientia* oscura de Dios que hace posible una teodicea.

LA PREGUNTA FUNDAMENTAL Y LAS PREGUNTAS EXISTENCIALES. Es más rica la pregunta hecha *desde* el saber que la que se hace *para* saber. Cada hom-

bre puede hacer muchas preguntas. El mismo se configura como signo de interrogación. Pero por ser tantas las preguntas que puede hacer, ha de seleccionarlas y ha de aprender a preguntar, ha de saber preguntar, preguntando desde su saber. No sólo ha de preguntar para saber, sino que ha de preguntar y saber bien para preguntar mejor. Y para ello ha de saber renunciar a muchas preguntas, para quedarse con las importantes y decisivas. Entre las decisivas están las preguntas *fundamentales* y las preguntas *existenciales*. Aquéllas aluden a Dios como Fundamento, no como Principio; las existenciales aluden al hombre como *principio* no como *fundamento* del saber. Las fundamentales son preguntas importantes para todo hombre; vienen dictadas por el sentido existencial y vocacional de cada hombre. De ésta derivan las preguntas *profesionales* o de vocación segunda. Hay una sola pregunta fundamental que abarca y trasciende toda pregunta. Es la de Dios como Fundamento. Luego vienen las preguntas sub-fundamentales, o existenciales. La pregunta por el ser es elaborada y tardía, ni fundamental ni existencial, pues el ser de los filósofos, como algo universal que hace a cada cosa ser lo que es, pero trascendiendo a todas, ni es el ser concreto de cosa o de persona que el hombre trata a diario, ni la pregunta por ese ser viene espontáneamente formulada por el hombre, sino construida por hombres redomados en filósofos, quienes preguntan por lo que ellos mismos han dolosamente elaborado. . . Y si el ser de que se habla y por el que se finge preguntar, es Dios, como Fundamento de todo lo que hay, entonces dígase ello sencillamente y no se finjan preguntas que no vienen interiormente exigidas ni existencialmente formuladas. Pero además el ser de Dios no es el ser que la Filosofía y la Ciencia y el hombre ordinario tratan en las cosas. Insisto en que la pregunta Fundamental es ésta: "Dios, Señor, ¿estás ahí, dentro de mí y tras las cosas naturales? ¿Quién eres? Pero notemos que no preguntamos "¿qué?", sino "¿quién?", prejuzgando ya que es de nuestra misma índole espiritual y personal. Preguntamos si es o no es, y caso de tener un ser, si es de la naturaleza del "quién", no del "qué", y teniendo quienidad personal, cuál es su modo de ser y de existir. Pero el filósofo no pregunta por el ser sino que él atribuye el ser de las cosas como si Dios fuera una más, y sentándolo de antemano. Es el creyente quien formula la mejor pregunta: ¿Quién eres? . . . Y en la pregunta, ya dice que Dios es Persona. Las cosas tienen talidad y calidad o especificidad. Las personas tienen quienidad. Cada hombre, si lo es con autenticidad, hace sus preguntas existenciales desde la respuesta que es cada uno. Y la respuesta será luego según el sentido de esa pregunta. Pero hay una pregunta universal y común a todos los hombres en cuanto se proponen ser auténticos: "¿Quién soy yo?", que es la vuelta de la otra: "¿Quién eres, Señor? Tiene a Dios presente y evidente y no sabe quién es. Ni si es.

LO GENITIVO Y LO CIRCUNSTANCIAL. EL QUIÉN Y EL MISIONERO. El hombre es "Fulano de Tal", esto es, primero su nombre, un nombre que quiere apresar la nominación única y profunda, la apelación o vocación con que Dios secretamente le llama o nombra, vocación que sólo él oye. Luego viene el Tal y el Cuál, esto es, una forma genitiva enunciativa de la Talidad, según estirpe patronímica o gentilicia, y una Calidad, según clase, condición o índole y origen, y según mote, título, emblema, etc., lo que ya es más circunstancial que genitivo. Así se une la persona metafísica del hombre con su persona social. Esta última es circunstancial; aquella primera es sustantiva y genitiva. Toda persona metafísica no es sólo unívoca e irreplicable (único ejemplar de una edición única) sino que viene llamada a la existencia para intentar ser el que debe o está llamado a ser, con un nombre único e inaudito para los demás. El hombre inauténtico y aturdido lo es precisamente porque no pone denuedo y decisión en averiguar quién es él, esto es, quién está llamado a ser. Esta es la *vocación* o *llamado existencial* de la que deriva luego la otra vocación, la práctica o profesional o la de los haceres sociales en su doble forma primera: *actitudes* y *aptitudes* a las que podemos o no responder con fidelidad. En esa vocación primera, llamada a una misión, vemos ya que la persona metafísica no es un naufrago ni un empujado o lanzado a la fuerza al existir, sino un misionero con una misión intransferible y la misión de entregar un mensaje, no sólo a un destinatario preestablecido, sino a todas las personas, pues es un mensaje no escrito sino *preescrito* y *preescrito* a una persona, pero indeterminada en su destinatario; el mensaje que el hombre ha de entregar es para todos los hombres. Por eso tiene necesidad de decir *quién* es él y averiguar *quiénes* son los demás, pues lo que importa no es el "qué" anatómico, fisiológico o social de cada uno, sino el "quién" que le singulariza entre todos. Y como el "quién" suyo no se lo han dado, sino en forma de llamada a serlo, en vocación, el hombre como persona metafísica, tiene que hacerse el propio ser, el que le llaman a ser y el ser para el cual tiene una deuda metafísica contraída desde que nace.

EXPRESIÓN Y PERSONA. Por eso el hombre es el único animal que tiene qué hacer y qué decir, y saber y preguntar lo que los demás hacen y dicen, y preguntar por las cosas y saberlas para decirlo a los demás, que es como el saber alimento. Y lo que el hombre hace y dice y el "quién" que es, ha de hacerlo y decirlo a voces, ante el coro de todos los demás hombres, esperando la estimación, el aplauso, el ser conocido y reconocido de los demás. Como presencia, actúa desde el "pre" para hacerse la persona que *debe ser* (de modo que su eticidad o conducta le hace o no persona auténtica, y la persona, auténtica o no, labra su eticidad). Y se hace "pró-sopon", adelantándose en la escena del mundo. Y allí, en escena, como tal persona, *per-suena*, hace oír su voz

diciendo a los demás quién es ella. Repito que hay en el hombre un "instinto" que no se da en ningún otro ser vivo: el *expresarse*. Y que al expresarnos, también callamos, ocultamos, simulamos y disimulamos. Pero que también así decimos y expresamos quiénes somos: hipócritas, simuladores o farisantes. El hecho de que los demás no sepan quiénes somos nosotros en verdad y en autenticidad, no quiere decir que no nos estemos expresando como quienes somos, en nuestra singularidad profunda. Y el hombre expresándose se revela y revela a Dios que se refleja en el hombre como presencia. Así el hombre es dialógico para ser diáfano. Y la Historia no es sólo diafanía del hombre, antropofanía, sino, en fin de cuentas, Teofanía y marcha epifánica del hombre hacia Dios, es decir, siguiendo un destino que señala una luz en lo alto del hombre y de la Historia.

CONOCER Y SER CONOCIDO. Todo hombre sabe que los demás le buscan, y él por su parte busca querenciosamente a los demás; los necesita. Para decirles quién es él y para que los demás le digan quiénes son. Esta averiguación del "quién" de los demás; más que un saber de cosas, es un sabor o paladeo de lo comunitario entre todos los hombres. Por eso se buscan entre sí, y nada hace el hombre que no vaya subpensado y dirigido a los demás hombres. Más y antes que saber y conocer cosas, el hombre ansía conocer y entender personas. No solamente comunicarse con las personas, sino también conocerlas y ser de ellas conocido. Desde Platón acá se nos viene diciendo que el hombre es un animal conocedor y sabidor, pero no se nos ha dicho que tiene, recíprocamente, un hambre inversa: la de ser conocido y hay más: es que conocer es también reconocer aquello que ya conocía por referencia de los demás. Y la mayor parte de lo que sabemos y conocemos lo sabemos y conocemos por referencia: por los libros, por la palabra hablada, por el arte.

CONOCER, RECONOCER Y COMPROMISO. El hombre busca y necesita al hombre. Todo hombre sabe que los demás le buscan y tienen hambre de saber quién es. Cada hombre quiere ser conocido y sabe que los demás quieren conocerle a él. Y nota que le alimenta metafísicamente más el conocer a personas que el conocer cosas, quizás porque aquéllas le dan su resplandor espiritual y su presencia, que, en una acción de comunión co-presencial, refuerzan los suyos. En cambio las cosas no le dan más que su coseidad y su "ser-qué" presentado, pero también en ellas, se refleja la presencia de los hombres que pasaron por la vera y las hicieron presentarse. Al fin todo conocer es, de algún modo, indirecto o referencial, y lo que se viene llamando "conocer" es de algún modo *reconocer*. Y así, el mensaje o recado de cada uno lo entretijemos en misión colectiva, en *co-misión*, *com-promisión* o *compromiso* con

los otros. Y como veremos en seguida, así se justifica que el hombre que, como respuesta que es, ha de responder, como miembro de comunidad ha de *con-testar*, testimoniar en común en la Historia y en las colectividades humanas con respuesta solidaria. Solidariamente respondemos de lo que hicieron nuestros padres y de lo que hagan nuestros amigos y nuestros enemigos. . .

EXPRESIÓN Y COMUNICACIÓN. Pero antes de todo llegar a esto, quiero terminar de decir que queremos saber quiénes son los demás para *ad-divinar*, y colmular, la carga de lo divino que hay en cada uno. Pero al *adivinar* a los demás y catar e interpretar lo divino que hay en él, también nos expresamos y decimos quiénes somos, emitiendo radiación de nuestra carga. Por la vía de la expresión nos comunicamos y dialogamos con los otros, nos *dia-fanizamos*. Primordialmente, no venimos a comunicarnos con los demás, a dar señales o guiños a los otros, y entregarles un mensaje o cartapacio con nuestras ocupaciones y *pre-ocupaciones*, nuestras tensiones y *pre-tensiones*, para que los demás nos acorran y sirvan, sino que, ante todo, venimos a expresarnos, a decir quiénes somos a quienquiera que nos quiera escuchar, remachando, haciendo más conciente nuestra comunidad y nuestra comunión con ellos; y de ahí resulta la comunicación. Tampoco los cuerpos radiactivos emiten sus radiaciones por referencia a otros sistemas materiales o energéticos, sino que emiten rayos y, después, algo los capta. Por otra parte, la comunicación es externa y cortical, sin comprometer nada profundo. Basta ver que el paraíso de la comunicación es la vida social, donde apenas nos *conocemos* unos a otros. La expresión verdadera es profunda y personalísima y la reservamos para nuestras personas *íntimas*, o para nosotros mismos en soledad y ante Dios. El hombre es mensajero, pero no un empleado de comunicaciones que nos trae las tarjetas de visita de los otros, con formas y fórmulas (o formillas) convencionales y nada expresivas. Por la expresión vamos a la comunicación, pero puede haber comunicación sin mucha carga expresiva. Y por eso importa precisar la diferencia. Antes de comunicar con otros, nos expresamos, es decir, nos exprimimos ("expresum" viene de "exprimere"), estrujamos nuestros racimos vivenciales para ofrecer a los demás nuestros zumos existenciales personalísimos. Las personas no son "datos" como las cosas, no están ahí *dadas* para la aprehensión y la captura, sino que, como ellas, también se expresan, se ofrecen a una interpretación y entendimiento que certifica la comunidad primera en el espíritu. Las cosas emiten señales, *co-señales*, porque están *con-signadas* al hombre; y no eligen esas señales que han de emitir, sino que se les ha *con-signado* y destinado a ello, por su talidad y su calidad específica. Pero el hombre en su expresión puede ofrecerse y rehuírse, hablar con sinceridad o tratar de ocultarse.

LA PREGUNTA POR EL "QUÉ" Y POR EL "QUIÉN". Pero no nos expresamos ante las cosas. Y no porque ante ellas cohibamos nuestra expresión o no nos mostremos sinceros. Más bien es ante las cosas cuando no mentimos ni simulamos. Pero ello mismo dice que no hay expresión ante ellas porque la intencionalidad expresiva, aun siendo anterior a la intencionalidad comunicativa, va orientada en busca de presencias humanas e intencionalidades interpretativas. No nos expresamos ante las cosas porque ellas no pueden interpretarnos, y porque no son aptas para expresarse por sí, por carecer de intencionalidad expresiva. Por eso el preguntar a las cosas no es un mero preguntar, sino investigación, búsqueda, rastreo y nómina de hechos y rasgos para enlazar con otros en saberes pre-existentes. Las preguntas por las cosas las hacemos a los hombres en forma de interpelación. Y cuando nos preguntamos: "¿qué es esto?" la pregunta va dirigida a nosotros mismos, a nuestros saberes anteriores, y así, sin darnos cuenta, nos expresamos al hacer la pregunta. Y por eso, en fin, la pregunta en general, la actitud del preguntar, se desdobra en preguntar por cosas y en preguntar a y por personas. En el primer caso la pregunta se dirige al "qué" puesto que toda cosa es "ser-que". En el segundo, preguntamos por el "qui én", ya que toda persona es un "ser-quién".

EL "QUIÉN" DIVINO Y EL HUMANO. Las cosas sacan su fuerza ontológica de su co-eseidad, de su vinculación a otras cosas, de su co-relación y su consistencia. Las personas sacan su fuerza para ser, para su "quienidad", de su singularidad, de su gratuidad, y de su esfuerzo metafísico para ser, de un modo gratuito y "poiético". Una cosa es tanto mejor sabida (no puede ser conocida en total singularidad, pues su riqueza está en su coseidad) cuanto más se sabe de sus conexiones con las demás, cuanto más cosas otras quedan enlazadas, com-prendidas, en ese saber. Una persona es tanto mejor conocida y entendida (conocida por dentro: *intus-tendere* e *intus-legere*) cuanto más se ahonda en su intimidad y singularidad hasta hacerle única y hallarle su unicidad radical. La pregunta a Dios y por Dios, es Fundamental y primera, pero damos por supuesto que es "quién" y no "qué". No preguntamos "qué es Dios" sino "Quién es Dios". No preguntamos por su ser, porque no sabemos si es, porque no sabemos si cabe en nuestra noción de ser, pero no preguntamos por su "quién" porque estamos seguros, con seguridad, no resuelta ni formulada en nuestra inteligencia, y antes de toda formulación, de qué es el Gran Quién del universo, y que así como su presencia justifica la nuestra, así su Quienidad singularísima ha permitido la forma de nuestro propio "quién". Esto indica que el hombre tiene experiencia íntima de Dios, aunque no lo *sepa* como *saber* intelectual. Si el hombre existe y se auto conoce y reconoce a los demás por la presencia, es que

hay Dios. Pero el "hay Dios" no garantiza su ser, tal y como lo concebimos para cosas y personas. No nos consta que sea un ser cósmico, apoyado en *ser-qué* y en coseidad; ni es *ser-quien* al modo existencial del hombre, pues existir es *tender a*, tensión y *pre-tensión*, un hacerse y tratar de alcanzar el ser que se debe ser. Pero esto no es concebible que pueda aplicarse a Ese cuya presencia es evidentísima e irracional para la razón humana. Sólo cabe entreverle mejor, no desde la razón, sino desde la Fe: la Filosofía y la Religión buscan ampliar esa noticia de Dios. Pero la Filosofía pierde la riqueza de esa noticia convirtiéndole en ser, en un concepto más obtenido por abs-tracciones prescindiendo de lo que hay de ser concreto en las cosas.

LA INTELIGIBILIDAD Y LA POÉTICA DEL HOMBRE. Es el hombre el que funda la inteligibilidad de las cosas, aunque ya dije que hay una disposición ofertiva de las cosas para entrar en el ámbito del hombre. Las cosas sólo son inteligibles para seres inteligentes. Ya presenciar es disponerse a *inteligenciar* la presentación: a conocer la cosa no en su singularidad (que no la tiene; la individualidad no es singularidad) sino en su coseidad, y a *saberla* en sus conexiones de co-eseidad. Saber siempre es trama de noticias y conoceres, siempre es incluir la noticia nueva, en una conexión de saberes pre-existentes. Presenciar es disponer las cosas en la presentación para ser inteligidas. La inteligibilidad de las cosas no nace espontáneamente en ellas sino en la presencia del hombre que, al iluminarlas ontológicamente, las predispone a ser inteligidas. Es más; no solamente funda el hombre la inteligibilidad, sino que también funda cosas, seres, ideas, relaciones, instituciones, arte, todo eso que llamamos la cultura objetiva y que más que objetivación del espíritu es su trans-subjetuización, la transposición de esa cultura y ese espíritu a objetos subjetuizados, convertidos en sujetos porque *sujetan* o vinculan el espíritu en objetos dados. El hombre es cuasi-creador, es fundador, ser poético o "poiético" que hace continuamente, fabrica y funda. *Fundar* no es *crear*, que es sacar criaturas de nada, y el fundador sólo funda con algo ya dado, sobre o ante lo cual se encuentra ya. El hombre sólo construye sobre *datos*, sobre algo ya *dado* por la Naturaleza o por otros hombres. Construye con materiales de derribo. Es poeta de viejo, ingeniero de arreglos y chapuzas, zapatero remendón del Universo natural. El arte, la artesanía y el artificio operan con materiales recogidos y aprovechados. Pero no son los datos los que coaccionan al hombre a ser poeta, sino que es la condición de poeta de natío que hay en el hombre la que le lleva a poetizar y fundar sobre los datos. Es fundador o poeta por generosidad y sobreabundancia de su condición espiritual, pues la presencia del espíritu es siempre graciosa y gratuita. Por eso el hombre, según hemos visto, tiene nece-

sidad metafísica de hacer y decir. El hacer del animal (comer, cazar, dormir, sexualizar) no es un hacer poético, porque ni ese hacer le expresa (puesto que no hay intencionalidad expresiva) ni busca fundar, dejar una obra ahí fundada. El "hacer" del animal está al servicio de su especie y de su "ser-qué". El hacer del hombre, en su profundidad, es invención personal y va dirigido a fundar seres nuevos.

CAUSA Y AUTOR. AUTORÍA Y AUTORIDAD. Por eso hay que distinguir las nociones de "causa" y "autor". El "ser-qué" engendra otros "seres-qué" como causa; el ser espiritual engendra como autor. La autoría no es mera causalidad, la cual es determinada y determinante, pues la causa ni elige el efecto, ni puede dejar de causarlo y producirlo. Pero la autoría es invención en libertad, sin determinaciones, con mucha gracia y gratuidad. Los sistemas materiales se mueven y obran como causas y efectos. También el instinto animal, como la especie viva, se conducen como causas, y sólo hacen causalmente lo que *tienen que hacer*. . . Y también el hombre en cuanto ser natural, (en cuanto especie, en cuanto cuerpo y fisiología animal, en cuanto acumulador de pasado) obra con instintos y como especie y como causa. Pero como ser espiritual es poeta y fundador, y como poeta, como ser gracioso y gratuito, origina, innova, incluso funda "instintos" nuevos que ningún animal posee: el de expresarse, el de saber, el de mandar, el de fundar. Siempre busca poner algo inédito y nuevo sobre el mundo que es lo que viene a significar el vocablo "auctor" (de "augere", incrementar). Empieza por *hacer* su propio ser existencial y por ese "hacer" se mide su calidad de hombre pues su *aut(o)enticidad* quiere decir eso, *autor* de la propia *entidad* personal; no nos regalan nuestra personalidad sino que hemos de elaborarla. Pero vuelvo: las cosas son causales; el hombre es autor. El rayo no es *autor* del incendio, sino la *causa*. Pero Cervantes no es la *causa* del Quijote sino el *autor*. Y no es la autoría un modo específico de causalidad, pues ni el autor está obligado como la causa a producir, ni la causa está desligada de lo producido, como el autor de su obra. La autoría no es coaccionada y es ella la que origina el "principio de autoridad"; hay autoridad en el hombre porque este es autor. La autoridad jurídico-social halla su principio existencial en la autoridad espontánea del padre, el santo, el sabio, el anciano, el héroe, o simplemente el más fuerte o el más audaz que supo fundar de nuevo con su fortaleza o su audacia. Ninguno de ellos son coaccionados a ejercer autoridad, ni ejercen coacción con ella, sino que instan suavemente a la reverencia y al acatamiento. Tampoco podemos decir que el hombre es causa de los "principios" del saber o los del arte, sino que es autor de ellos, pues "principio" en latín viene de "princeps" o príncipe, al revés que en griego, pues la "arkhé" principio dio origen al "arkhon", el magistrado, el arconte o *principal*.

LIBERTAD, AUTORIDAD Y OBEDIENCIA. Haciendo, inventando, sonriéndose *autor* y no *causa*, funda el hombre su propio ser y otros seres artificiales, en libertad. La *causa* no es libre como lo es el *autor*. La libertad ya se da en la autoría del hombre, en el verdadero principio de su autoridad. Pero ello no quiere decir, entiéndase bien, que la libertad metafísica se derive de la autoría en ejercicio, ni que las libertades derivadas (económica, social, política, religiosa) se deban a decisión gratuita de autoridades también económicas, políticas, sociales o religiosas. Sino al revés: hay autoridad en el hombre porque hay en éste espontaneidad y libertad para fundar. La libertad es la última fuente de la autoridad, de toda autoridad. Y no es sola la fuente de la decisión en el autoritario, sino que también es fuente y origen de esa libertad que ejerce la autoridad, la libertad de los acatantes y obedientes, pues ya hemos visto que al héroe, al santo, al sabio, al anciano, nos sometemos libremente y sin coacción. De esa libertad del obediente nace la autoridad del que manda. Va, pues, implícita la noción de delegación o representación, pues quien funda la autoridad es la libertad del que obedece y nombra. El ejercicio de la verdadera autoridad hace a los obedientes sentirse libres. La verdadera autoridad entre los hombres nace preguntando los que mandan a los que han de obedecer. La obediencia es respuesta libre pues el que ahora obedece antes fue libre para nombrar al que manda. La obediencia no libre es esclavitud. Y el hombre resulta así libre para liberarse socialmente o esclavizarse. No se encuentra forzado a ser libre. Puede no serlo y de hecho son muchos los hombres que no lo son. Si se ve forzado a elegir y proyectar, antes es libre para fundar los términos de la elección y el proyecto. Su libertad no es forzada sino liberalmente trabajada. Son muchos los hombres que libremente se resisten y niegan la propia liberación. El hombre *debe* ser libre y en ese "debe" que parece que ata, se proclama su propio liberador. Su libertad ha de hacérsela él y no sin esfuerzos, como ha de labrarse su ser y su felicidad; nada importante le dan regalado. La libertad como el ser existencial, como la felicidad, hay que ganarlas a pulso, y antes merecerlas. No es el hombre obligado, forzado a ser libre, pero tiene el *deber de serlo*. Antes de *ob-ligarse*, debe ser libre, trabajar por serlo, lo cual da ya libertad, y así da riqueza y sentido a su *ob-ligación*; debe ligarse y *ob-ligarse* libremente. Es la libertad la que da deberes y obligaciones, pero es porque antes halla en sí la deuda primera de su liberación, de su impulso liberador; *debe ser libre*. Hasta el artista y el poeta en su vocación se sienten con la deuda primera de hacer su obra libremente, liberándose hasta de imitaciones.

EL HOMBRE COMO RESPUESTA Y COMO RESPONSABILIDAD. LA CON-TESTACIÓN. A la llamada o vocación existencial el hombre responde. Y su respuesta es

su existir, sea auténtico o inauténtico éste. La respuesta puede, pues, ser la debida o la indebida, en todo o en parte, en su sentido total o en formas parciales y derivadas. La respuesta indebida da lugar a un rompimiento o desviación del sentido existencial, que se experimenta como responsabilidad. Podemos, pues, llamar *responsividad* a la totalidad intencional del existir que responde. Y esa responsividad abarca: *respuesta* auténtica o debida y *responsabilidad* o experiencia del responder indebido. La responsabilidad viene de la inauténticidad. El hombre *justo* sería el que se *ajustara* a la deuda metafísica dándole total y cabal cumplimiento. Ese hombre "justo" no experimentaría la responsabilidad. En la autoconciencia del hombre se integra la responsividad en su doble aspecto: *responsabilidad* y *respuesta*. No es lo mismo *responder* a la llamada vocación existencial que *responder* éticamente de lo que no hicimos o hicimos indebidamente. Esta última es la responsabilidad; la primera, es la respuesta. Con su responsabilidad, el hombre también responde. Y responde ante Dios que le nombra y llama, ante sí mismo, al experimentar el rompimiento o desajuste interior, y ante los demás y con los demás. El hombre es antes respuesta que pregunta. Ante Dios, ante sí, y ante los hombres responsabilizándose de lo que hace y dice. Porque al existir ya está respondiendo, el hombre pregunta para hallar lo que ha de añadir a su respuesta; y pregunta desde su respuesta existencial. Todo preguntar, aun el que parezca más banal, es un modo de responder. Son formas generales de respuesta: todo hacer, el amor, la fe, el arte, la poesía y la conducta social. Con esas respuestas el hombre pregunta; y con las preguntas mismas está respondiendo y responsabilizándose. Por eso sus preguntas, no sólo llevan involucrado el sentido de la respuesta que ha de ser congrua a cada una, sino que también queda imbricado en ella el ser mismo existencial del que pregunta, y de aquel a quien se pregunta. Una pregunta será auténtica o inauténtica, según que lo sea o no la respuesta existencialmente dada por quien ahora está preguntando. Las preguntas y las respuestas ligan, *ob-ligan* a los hombres y les *com-prometen*. Y en la promesa y en la *com-promesa* o *com-promiso* brota la responsabilidad social. Y como la respuesta de los hombres en sociedad puede ser conjunta o solidaria y no sólo alternativa o recíproca, la respuesta puede hacerse *con-testación* y la responsabilidad co-responsabilidad. La responsabilidad compartida es secuencia de la respuesta conjunta. Si la respuesta es alternativa, la responsabilidad también lo es, pero en relación inversa. Hay más responsabilidad en el que manda que en el que obedece. Pero hay más respuesta en el que obedece que en el que manda. Ya estaba respondiendo Caín cuando Dios le pregunta: "¿Qué has hecho de tu hermano?" Dios no lo pregunta porque lo ignore, sino para que Caín se oiga a sí mismo, tome conciencia de sí y se responsabilice, rom-

piendo su responsividad en responsabilidad. El diálogo de los hombres se integra de interpelaciones, de preguntas y respuestas congruentes y ocasionales. Si un hombre pregunta a otro por cosas, le está *preguntando*; si le pregunta por personas, o por él mismo, le está *interrogando*. *Pregunta* el científico; *interroga* el juez y el sacerdote en confesión. En la *interrogación* entra el "rogare" que es una forma casi sagrada de hablar; un hablar o dialogar más solemne. El parloteo y la habladuría no son ni siquiera diálogo. Si son muchas las personas que hablan es *multilogo* o guirigay; si acaso, *catá-logo* de banalidades sonoras. El interrogar es grave porque pide respuestas y responsabilidad. La autoridad más que preguntar, *interroga* porque previamente ha sido investida de esa facultad. La tribu que tenía en Roma el privilegio de votar y *rogar* la primera se llamaba "tribu-pre-rogativa".

CON-TESTACIÓN, CO-RESPONSABILIDAD Y CO-PRESENCIA. CUENTA Y DUALIDAD. En las respuestas, en las preguntas y en las interrogaciones echamos por delante nuestra presencia. En la *con-testación* va nuestra respuesta colectiva y nuestra *co-responsabilidad* o responsabilidad solidaria nacida de la *obligación* y del *com-promiso* o la *com-promesa*. Aparte la respuesta que es el existir de cada hombre, y que es respuesta y responsabilidad a la llamada o vocación existencial, toda otra respuesta humana es *con-testación* y toda responsabilidad es *co-responsable*, porque la presencia humana es *co-presencia*. Pero así como la *con-testación* no necesita un previo poner de acuerdo para *con-testar*, ni la *co-responsabilidad* necesita una complicidad en lo consumado, para responder solidariamente, así no necesitan todos los hombres verse y conocerse entre sí, para que haya co-presencia. Adán, Buda, César, Goethe, un hombre cualquiera de cualquier época o país, al poner su presencia personal en el mundo, la hace concurrir con la presencia de los demás, tomando de ellos radiaciones y prestándolas también a ellos, a los de cualquier tiempo y país. Los hombres, por serlo, son todos co-presentes. Cada uno, lo sepa o no, cuenta con los demás. Y ese "contar" dice más de lo que parece. La auto-presencia se hace *auto-conciencia* personal, en cuanto la persona se *per-cata* o *per-capta* y se *da cuenta* a sí de sí. Es un rendirse cuentas que ya acusa responsabilidad. Pero también indica la apertura de una dualidad, de una fractura de la conciencia unitaria de sí. La autoconciencia se hace conciencia ética o moral, al abrirse el hombre en dos y darse, a sí mismo, *cuenta* de lo que hace. La autoconciencia existencial y presencial es respuesta; la conciencia ética es apertura de responsabilidades. Por eso el "darse cuenta" es un "hacerse cargo" y aun carga. Al sentirse dos, el hombre se *inter-roga* y surge la responsabilidad ética. Pero además por la *co-presencia* y la *con-testación* y las formas de solilaridad humana, el hombre, cada hombre, *cuenta* con los demás. *Contar* es notar, tomar nota o noticia. Podemos *contar* cosas, nom-

brarlas o numerarlas, y podemos *contarlas*, narrarlas a otras personas. Todo lo que el hombre hace o dice está hecho o dicho para contarle, hacerlo notar a los demás. Aprendemos por referencia de los demás porque el hombre es una gran fuente de información. El hombre se forma *in-formándose* de los demás, e *informando* a ellos de lo que hace, dice o sabe. Todo lo que un hombre hace, sabe o dice lo dice, sabe y hace también para mí. Y viceversa, de mí para los demás. Así *dando cuenta* a los otros, me doy cuenta a mí mismo y mi autoconciencia se ensancha con los otros, y mis *ob-ligaciones* me responsabilizan ante ellos, como las suyas les responsabilizan conmigo. Con los demás, dándome cuenta de ellos y de mí, para mí y para ellos, me respondo, con-testo y responsabilizo.

LO EXTRAÑO Y LO AJENO AL HOMBRE. No me responsabilizo con las cosas ni *con-testo* con ellas. No hay solidaridad del hombre con cosas, porque con ellas no me *ob-ligo*. La respectividad es unilateral, y el hombre no es respectivo a las cosas, como ellas lo son al hombre. Es que ante las cosas nos sentimos radicalmente *extraños*. Ante las personas no nos sentimos *extraños*, sino *ajenos*, con la misma comunidad en la base del espíritu, pero *otras* personas, unas personas como ellos, pero *ajenos* y *otros*. Corrijamos, pues, la sentencia de Terencio el Latino diciendo: "todo lo humano me es ajeno". Pero con ello lo que queremos decir también es que lo humano no nos es *extraño* como nos lo son las cosas de la Naturaleza, con las cuales no nos sentimos ligados, ni *ob-ligados*. El hombre es *extraño* a todo lo natural; en cambio le es *intraño* o *entraña* todo lo que es del orden del espíritu. Es que el hombre es *extra-natural*, *anti-natural* y *sobre-natural*.

Aunque la Naturaleza unas veces se resiste al hombre y otras se le ofrece, presentándosele como suma de facilidades y de dificultades, el hombre, aun ante sus ofrecimientos y facilidades, sueña con su dominio y transformación. Es lo propio de su actitud "poética" de innovador y fundador. Las cosas, los seres de la Naturaleza, se extrañan de nosotros como nosotros nos extrañamos de ellos. Ningún animal se extraña de otro animal aunque sea su enemigo natural, pues la enemistad como la contrariedad de los contrarios y la contradictoriedad de los contradictorios opera siempre sobre una base de comunidad; los seres radicalmente extraños entre sí, no pueden ser ni enemigos ni contrarios; como dos términos sin nexo ni homogeneidad lógica entre sí no pueden ser contradictorios. Ni la piedra es enemiga del ave, ni la virtud puede ser contraria al volumen, ni el número y la voluntad contradictorios entre sí. El hombre no es enemigo ni contrario ni contradictorio a la Naturaleza y a los seres naturales; es simplemente *extraño* a ellos. Si somos *anti-naturales*, es precisamente en lo que de natural hay en nosotros. Pero la verdadera índole del hombre no es precisamente del orden de la Naturaleza, y por eso el

hombre, en su profundidad espiritual se siente *extraño* a los seres naturales. Pero nos sentimos no extraños, sino *ajenos*, *otros*, respecto de los demás hombres.

DESACERCAR Y DESALEJAR. Los latinos no afinaron en la distinción existencial entre "alter" y "alienum". Porque el hombre es sustantivamente extraño a las cosas naturales, cuando éstas nos cercan, nos oprimen y acosan, hemos de desacercarlas, poniéndolas lejos, bien en una perspectiva objetiva como hace el saber científico, o bien descosificándolas, personificándolas, como hacen el arte y la poesía. El mundo de la fe es radicalmente *extraño* a las cosas. La fe puesta en las cosas es superstición que *religa* falsamente a los hombres y los pervierte por quedar los hombres sometidos a las cosas supersticiales. Las cosas han de ser desacercadas para verlas y dominarlas mejor, para subrayar su extrañitud. En cambio las personas *otras*, las *ajenas*, han de ser desalejadas, para servirles, para hacerlas *prójimas* o *próximas*. Desacercando cosas nos acercamos a los demás hombres... Desalejando personas nos acercamos a Dios.

EL HOMBRE COMO FIN, COMO MEDIO Y COMO INSTRUMENTO. Si tenemos en cuenta que los "medios" se distinguen de los "instrumentos" en que éstos no son continuidad homogénea de quien los maneja, como son homogénea comunidad, en cambio, los medios, (la palabra es un "medio"; la herramienta un "instrumento") debemos decir que las personas deben ser instituidas como fines para los demás, y sólo ocasionalmente como "medios", nunca como "instrumentos". En cambio las cosas para el hombre deben ser instrumentos, rara vez y de modo metafórico, "medios" pero nunca fines. Insisto en que el medio se distingue del instrumento (temo mucho a los lectores arbitrarios, nada distraídos) en que el instrumento es algo separado, discontinuo, *extraño* a quien lo usa, mientras el medio puede ser *ajeno*, formando un todo homogéneo con el operador. Repugna al hombre tomar a otras personas como instrumentos, pero no usarlas como medios para sus fines, aunque la forma más noble y elevada de interacción entre personas, es el de tomar al *otro* como fin. Es el *altru-ismo* de la caridad cristiana... Las cosas *sirven para...* el hombre, de un modo extraño, instrumental. Las personas deben "servir a..." poniendo libremente el fin en el otro. Miramos cosas y mirándolas preguntamos a otros por ellas. Ad-miramos a las personas, y ad-mirar es un mirar yéndose tras la mirada en afán de comunión. La figura humana recuerda más al signo de admiración: algo vertical con la atracción de un punto decisivo en lo alto. Sólo cuando el hombre se agacha y curva sobre cosas (sobre el microscopio o sobre el azadón) se hace signo de preguntar. También se riza y toma del signo de interroga-

ción cuando se arrodilla, pero entonces es que está rogando, interrogando de modo decisivo y transcendental.

PREGUNTA DE VARÓN Y PREGUNTA DE MUJER. Pero hay un estilo de pregunta varonil y un estilo feminal de preguntar. Los sexos humanos se manifiestan, no solamente en su morfología física y en el engranaje, riqueza y morfogenia de sus manantios endócrinos que contribuyen a cambiar la fisiología y la psicología de varón y mujer, sino que también acusan estilo diferencial más hondo, en las respectivas actitudes primeras en lo que llaman "cosmovisión", y que es más bien *cosmo-intelección*. El sentimiento de libertad, la forma del pensamiento, la capacidad de vivir desde otra persona y el modo de experiencia de ser y vivir en *otros*, es diverso para el varón y para la mujer. Pero que sea diverso no arguye extrañitud de uno y otra, sino enérgica afinidad de *ajenos* complementarios, hasta el punto de anhelar y lograr, con frecuencia, constituir por el amor y la fusión o comunión de espíritu, la espléndida y novísima unidad, *re-unidad*, de la pareja humana. Varón y mujer son modos generales diversos de respuesta existencial como que son llamados a existir según diverso estilo general de vocación. Es distinta su respuesta y distinto su sentido de la responsabilidad. La maternidad es estilo de respuesta y de responsabilidad feminal, como la capacidad de abstracción intelectual y el afán de dominio sobre las cosas y las personas es forma de responsabilidad y respuesta varoniles. Se comprende, pues, que sea también diverso y diferencial el modo genuino del preguntar humano en el varón y en la mujer.

LA PREGUNTA BIVALENTE. Pero como varón y mujer son variaciones de una misma comunidad previa en el espíritu encarnado, las dos variables de la constante "hombre", de modo que ambas categorías humanas, viviendo ya matrimoniadas en cada ejemplar, ofrecen, en lo íntimo y profundo, cambiantes y tornasoles brotados de su diversa y misteriosa proporción ingrediente, no es infrecuente que, a veces, hallemos cruzados los sexos ya en el orden espiritual, o que coexistan ambos estilos existenciales en un ejemplar, o que, en fin, ofrezca ese ejemplar sucesiva o alternativamente un estilo existencial propio de varón o de mujer. No es infrecuente hallar cierta rica maternalidad en varones y cierta actitud marcadamente propinqua a la abstracción y al mando en muchas mujeres. Se comprende, pues, que las preguntas feminales y las varoniles se imbriquen y tornasolen fundidas y confundidas muchas veces en un mismo ejemplar de hombre.

PREGUNTAR POR COSAS Y PREGUNTAR POR PERSONAS. En general el varón pregunta por cosas, conceptos y relaciones, en una enérgica actitud cinegética de aprehensión y captura. Es animal de vientos perdigueros para las

cosas y los conceptos, buscando lo general como una red en que las cosas quedan prendidas, *com-prendidas*. El aprendizaje del varón es toma de armas y herramientas para seguir cazando o preguntando. Las personas, en su singularidad única, no excitan su apetito de captura; más bien pasa tangente sobre ellas por resultarles irrazonables e ininteligibles. Es aquel "individuum inefabile est" de los escolásticos. La pregunta en él es garfio, arpon o alcayata, el lazo ensortijado, el rizo de la astucia, para desjarretar toda cosa como lo que es, como una "res". El varón admira poco y pregunta mucho, y siempre por cosas, o por conceptos, que son archicosas... La pregunta feminal, en cambio, no es instrumento de captura, sino de donación, de intergración y maternización del mundo. Y es sustantivamente admiración, un mirar con "ad", una gesticulación de asombro, una lágrima que no acaba de caer y está cayendo siempre. Si pregunta es por personas, por singularidades e intimidades, no por conceptos y formas generales del conocer. Ante las cosas se ofrece para maternizarlas, personificarlas como criaturas vivas filiales. La mujer pregunta menos sustantivamente pero admira más. Y tras su admiración va su actitud de amor. Si el varón es venatorio, la mujer tiene un profundo sentido de premio, presa y trofeo, donándose gloriosamente al varón que triunfa.

LLEGADA A LA EPISTEMOLOGÍA. *Saber y preguntar*. Y así llegamos al umbral del sentido profundo del saber humano y sus problemas: Todo buen saber ha de tener el sentido existencial del hombre que está sabiendo. El saber sólo es vero y vivo saber, cuando es auténtico, cuando viene de auténticas respuestas y preguntas. Los saberes falsos o inauténticos intoxican, y el saber no es bueno, porque no enriquece la conciencia existencial, sino que la inflama y abulta de saberes como gases, acaso deletéreos. No todo preguntar es bueno. Importa al hombre el saber en profundidad, no en extensión; que sea sustantivamente bien tramado y asimilado en el misterioso metabolismo metafísico de la persona, haciendo de los saberes sustancias espirituales vivas. Preguntamos desde nuestro saber y sabemos desde nuestra respuesta, antes de preguntar. La pregunta auténtica, como fruto del auténtico saber, nos sirve para ser más y mejor, con más autenticidad, no para saber más cosas insustanciales o innutritivas. El saber que no es auténtico, sino que es más extenso o banal, pero no más profundo, no enriquece el ser existencial sino que lo envaguece, confunde y disturba. El saber y el preguntar han de ser para el hombre, no el hombre para el saber y el preguntar porque sí. El sentido de nuestro saber y nuestro preguntar suena en el fondo de nuestra vocación o llamada existencial a ser quien debemos ser. Por eso hay preguntas y saberes que matan, y saberes y preguntas que vivifican y salvan. Nadie se tra-

buque en esto y piense que estoy defendiendo la imposición por alguna autoridad de un catálogo de saberes previamente censurados por aquélla, sino que digo esto:

SABER Y AUTENTICIDAD. Sepamos lo que necesitemos profundamente saber y preguntemos aquello que viene dictado por nuestra necesidad metafísica de ser y de existir como somos. Basta para ello que escuchemos y cultivemos nuestra autenticidad. No admitamos que nadie, en nombre de nada, nos dé el cuestionario fundamental de nuestras preguntas. Pero tampoco seamos ligeros y frívolos al preguntar, sobre todo cuando las preguntas pretendemos que sean vivas, hondas y existenciales. El hombre es respuesta, la vida breve, hemos de morir con nuestra respuesta dada, y esta respuesta depende de las preguntas auténticas que hayamos formulado. Pero hay preguntas que, siendo existenciales para unos, pueden resultar inauténticas en otros, si éstos preguntan por imitación o curiosidad banal. Todo saber que lo es merecidamente, salva, porque autentifica, *aut(o)entifica*, contribuye a hacernos el propio ser. El mal saber nos ofende y traiciona; por lo menos no nos forma ni salva. Hay quien muere envenenado de saberes como gases inertes tóxicos, o electrocutado por los calambres de sus preguntas frívolas. Saber bien, no sólo es preguntar bien, sino también dar la mejor respuesta de hombre.

SABER E IGNORAR. Preguntando y respondiendo, el hombre hace círculo consigo mismo y con los demás, *con-testando* y *co-responsabilizándose*. Debemos saber más y mejor, entre todos los hombres constituyendo el gran equipo único de la Historia. La máxima especialización sea la máxima personalidad rica y singular de cada uno; la comunidad humana, la copresencia y la colectivización de actividades y saberes han de contribuir a que cada uno sea quien es, quien debe ser del modo más hondo, personal y singularísimo. Ha de saber tanto que incluso ha de saber ignorar y olvidar, asimilando sustancias últimas. No es sólo el único animal que sabe sino también el único que ignora, y el único que sabe que ignora y nunca ignora del todo, pues siempre sabe algo; al menos se sabe a sí mismo, sabe, tiene el sabor de Dios, y sabe que está sabiendo, y, por lo tanto ignorando. El hombre auténtico siempre sabe a divino. La ignorancia honda siempre es docta, y un título de gloria para el hombre; más título de gloria que los saberes inertes o gaseosos. Como el animal no sabe, porque lo que hace le viene dictado por sus instintos específicos y genéricos, nada le resulta sabido, como nada le resulta ignorado. Saber que se ignora es indicio de sabiduría; ignorar que se ignora es estupidez, y sólo el necio cree que nada ignora y que lo sabe todo bien sabido. Avanzar en saberes es progresar en la conciencia de lo que se ignora, y el ignorar, la conciencia del ignorar, es gran fertilizante para el saber

fecundo. Saber no es medir, sino enlazar conexiones y reducir los saberes, pues éstos ocupan mucho lugar en la conciencia del hombre. Hay que reducir los saberes en apretadas síntesis, hasta el esquema, para ganar más conexiones vivas. La mirada de sabio es mirada eminente, desde lo alto de su verticalidad, mirada episcopala, anchurosa, de panorama...